

El propio Quevedo reconoció que entre los factores que lo hicieron retirarse de nuevo hacia Jigüe figuró la consideración de que los rebeldes desarrollaban el combate en el terreno escogido por ellos y en posiciones "inexpugnables". Según el jefe del Batallón 18, otros elementos tomados en cuenta fueron la necesidad de evacuar sus heridos y el peligro de que su retaguardia se viera envuelta por las fuerzas rebeldes.

Esta última mención es interesante, pues era precisamente lo que yo hubiese dispuesto si en ese momento contáramos con los hombres suficientes para hacerlo.

Se recordará que desde el 26 de junio, cuando Fernando Chávez recibió la misión de preparar la defensa rebelde en el río más abajo de Jigüe, y retirarse si tuviese que hacerlo hacia el alto de Cahuara, ya estaba concebida por nosotros la variante de atacar con esa fuerza al enemigo por la retaguardia, en caso de que los guardias llegados a Jigüe prosiguieran su avance y chocaran con la emboscada de El Naranjal. Pero después fue necesario llevar a Chávez a ese punto para reforzar las posiciones de Paz, y quedaron en el alto de Cahuara solo las escuadras de Podio y Fiallo. Por otro lado, la maniobra era casi imposible desde el momento en que el enemigo dejó parte de su fuerza en Jigüe, cuidando, precisamente, su propia retaguardia.

Al día siguiente del Combate de El Naranjal, mi decisión estaba tomada: concentrar un dispositivo lo bastante numeroso como para poder desarrollar con todo éxito la operación de cerco y la destrucción de refuerzos que habíamos concebido. Como parte de la preparación del cerco, mandé a buscar ese día a Guillermo García, quien con su pelotón estaba posicionado desde antes en el camino de San Francisco, con el propósito de taponar la entrada al curso superior del río Yara desde El Cacao o El Verraco. Después de la contención del enemigo en Santo Domingo, era muy improbable que en esa dirección fuese a surgir una amenaza de consideración. Guillermo llegó a La Plata el 7 de julio, el mismo día del Combate de Meriño, y partió hacia la zona de Jigüe el día 8, luego de recibir detalladas instrucciones mías.

Este personal hizo dos cosas al llegar a Jigüe, después de una dura caminata por el firme de Manacas para rodear el campamento enemigo. La primera fue explorar toda la zona para conocer en detalle las posiciones que ocupaban los guardias y las medidas defensivas que habían tomado. La segunda, llenar de trincheras toda la falda del firme de Manacas, de cara al campamento enemigo, y la del firme de Cahuara.

Otra medida de reforzamiento del dispositivo rebelde en Jigüe fue el traslado de la ametralladora 50 de Curuneaux hacia la posición de Paz, quien se había mantenido en El Naranjal después del combate, en espera de nueva ubicación. Curuneaux, como se verá en el capítulo siguiente, había participado el día 8 en el Combate de Meriño.

Yo había decidido ocuparme personalmente de la dirección general de toda la operación de Jigüe, teniendo en cuenta su carácter complejo y la significación decisiva que pudiera tener una victoria rebelde contundente en el desenlace, no solo de la ofensiva enemiga, sino también, en el desarrollo ulterior de toda la guerra. Esto no quería decir que carecíamos de jefes capaces de hacerlo. No tenía la menor duda de que Camilo o el Che, por mencionarlos solamente a ellos dos, tenían capacidad sobrada. Pero a mi juicio, la consideración principal era que el jefe que dirigiera la operación debía tener la mayor autoridad sobre un grupo numeroso de capitanes, a quienes durante los próximos días se les exigiría el máximo, y debían, a su vez, exigir el máximo a sus hombres.

Tal decisión suponía mi traslado físico al teatro de operaciones durante todo el tiempo que durase la batalla, y mi dedicación casi completa a su desarrollo. Para ello tenía que resolver el mando de los otros dos sectores del frente, en cada uno de los cuales todavía estaban planteadas amenazas concretas.

En el caso del sector de Santo Domingo, la presencia de Sánchez Mosquera seguía siendo un

